

J. R. WILCOCK

PASEO SENTIMENTAL

SH
PQ 7340
W1277
D1

410416

IMPRESO EN LA ARGENTINA
*Queda hecho el depósito que previene
la ley. Copyright by Editorial Sud-
americana Sociedad Anónima, calle
Alsina 500, Buenos Aires, 1946.*

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

THE LOCKWOOD MEMORIAL LIBRARY

DEDICATORIA

*En este banco verde, en esta fuente
de una plaza de acacias y alcanfores
un día nos sentamos, soñadores;
en esta misma luz evanescente.*

*Con un silencio lleno de rubores
me ofreciste tu amor de adolescente;
estábamos tan lejos de la gente
que paseaba, nocturna, entre las flores.*

*Y me dijiste: Alguna vez, ausente,
cantarás en un verso mis amores;
¡cómo prefiero que los conmemores
sobre mi misma boca, eternamente!*

*Eran días felices y mejores;
yo quisiera dejarte, oh indiferente,
mi libro en este banco, y de repente,
irme llorando entre los surtidores.*

HERO Y LEANDRO
LAMENTO DE HERO

THIS DOCUMENT IS UNCLASSIFIED

*Dear friend, far off, my lost desire,
So far, so near in woe and weal;
O loved the most, when most I feel
Ther is a lower and a higher;*

*Known and unknown; human, divine;
Sweet human hand and lips and eye;
Dear heavenly friend that canst not die,
Mine, mine, for ever, ever mine;*

*Strange friend, past, present, and to be;
Love deeper, darker understood;
Behold, I dream a dream of good,
And mingle all the world with thee.*

*In Memoriam - CXXIX.
ALFRED TENNYSON.*

P R O E M I O

Triste ciudad, ciudad llena de muerte,
oh desastroso mar, deplorables sirenas,
no me llaméis, dejadme con mi suerte
mojar estas arenas,
que ocultan a mi llanto y a mis manos
el recuerdo postrero de las aguas serenas
en sus blancos oídos ya inhumanos.

Aquí, junto a las mudas escolleras
ignoraron las olas sus ojos delicados,
aquí lo ornaron algas pasajeras;
surgid, desenredados
del cortante dolor como una lanza,
melancólicos versos que a un mundo de olvidados
gemís de un muerto, inútil, la alabanza.

Oh ciudad infinita de las caras
como aire inexpressivas, como días de ausencia,
qué soledad confusa me deparas
con esa prescindencia
de un rostro ambicionado que no encuentro,
y una voz abstraída en la azul conferencia
del viento y de la espuma mar adentro.

¡Océano ancestral y delictuoso
que revuelves tus olas como brazos de hielo,
por qué aceptaste ese doncel ansioso,
mi amigo y mi consuelo;
vidrio falaz de húmedas decepciones,
por qué no habrás dejado que la tierra y el cielo
dispusieran de nuestras ambiciones!

Y tú, Dios de mil ojos inventado,
que sostienen los astros de un mundo indiferente,
en qué placer preterito y malvado
se distrae tu mente
mientras un solo gesto me destroza,
y al proceloso amante de Anfítrite consiente
el alma de mi amigo silenciosa.

Oh dictamen augusto de elementos,
vosotros ordenasteis mi primera esperanza;

cómo no reparáis, oh firmamentos
en él que se abalanza
a las pérfidas olas sin temblar,
mientras huyen las nubes y la marca avanza
y la luna se enciende sobre el mar.

Llorad, y como yo cerrad los ojos,
para no ver de nuevo el azar y la muerte
llevarse enriquecidos los despojos
de quien era tan fuerte
que desdeñó los labios del futuro,
y concedió a las aguas un nombre que se advierte
sólo en mi corazón, su nombre oscuro.

I

Soy un príncipe, y reino en tu recuerdo,
dominio infrecuentado, noble herencia;
allí tu sola y anterior presencia
es el salón real donde me pierdo;

donde me miran en dorados marcos
los paisajes que amé cuando vivías,
donde se oyen las mismas melodías
detrás de las cortinas y los arcos.

Allí una vasta bóveda refleja
un estanque y un cisne ensimismado,
los fantasmas que ascienden a un estrado,
y el ruiseñor que en soledad se queja.

Ese silencio se estremece un poco
y en una ondulación forma tu nombre;
veo pasar una mujer y un hombre,
la mujer está muerta, el hombre loco.

Me dicen en murmullos inaudibles
que preferiste entrar a ese cristal
azul a veces, de ágata inmortal,
huyendo de estos ámbitos terribles.

¡Oh repetido encanto de las salas,
de rojos terciopelos solitarios,
oh palacios de pólipos calcáreos
que se convierten en un ruido de alas,

por qué escondéis esa palabra atroz,
y esa doble figura compartida
que se complace en lastimar la herida
de su mágicamente triste adiós!

Y de pronto una ráfaga del mar
lejano, entre las hojas los arrojó;
vuelve la melancólica congoja,
la ceridumbre que hace suspirar.

II

Son recuerdos inútiles y adversos,
sentados a la sombra de algún arce,
que se reunieron para lamentarse
en el ámbito angosto de mis versos.

Parecen otras calles y aposentos
de la ciudad que nos ha separado,
parecen sitios donde ya he llorado
la ausencia que los torna monumentos.

Parecen una esquina que me hiere
con un frío metal en la memoria,
el cerco oscuro de Villa Victoria,
la casa de Agustín Bordabehere.

III

Como las mismas olas homicidas
que ascienden lentamente hacia la muerte,
y cuya verde altura se convierte
en una espuma, así son nuestras vidas.

Así crecí en un mundo apasionado
respirando la esencia de los pinos,
y conocí en los ámbitos marinos
el sentimiento de lo ilimitado.

Sabía que esos mágicos paseos
me llevaban a un límite, impaciente;
tu muerte era esa última rompiente,
de allí descendían todos mis deseos.

Me dejaré morir sobre la playa,
y mi gesto final será este canto
que en tu holocausto fúnebre levanto,
que sólo cesará cuando me vaya.

IV

Qué son, qué son las glorias de un momento
sino materia audaz de la memoria
que se transforma en una nueva historia
con el tiempo, en un nuevo monumento.

Destino de los gestos desdeñados,
lenta edificación de lo olvidable,
hieres un día como un hondo sable
los recintos del alma más callados.

Yo no quise saber que en ese instante
se escondería el germen de mi mal;
que podías hundirte en un cristal,
dejarme al otro lado de un diamante.

Si en mí naciste, en mí fué tu mudanza;
ya como en sueños, mi ansiedad presente
en su metamorfosis inconsciente
se convierte en tu extática alabanza.

V

Quisiera que en altares ciudadanos
se inaugurara un culto a tu memoria,
saber inscripto en la futura historia
tu nombre entre los príncipes lejanos.

Oh si pudiera oír en los instantes
de orgullo nacional tu nombre amigo,
creer, Leandro, que estarás conmigo
en áureos monumentos importantes.

Que así como paseamos de la mano,
nos honrara en un cielo literario
todo este idioma renaciente y vario
de un vasto mundo sudamericano;

que en un libro viviéramos los dos
sentados junto al mar, y pensativos,
y que nos recordaran siempre vivos
en el momento del último adiós.

VI

¡Qué grande y absoluto es el vacío,
que desacostumbrada mi impotencia,
cuando quisiera quebrantar tu ausencia
con una sola frase, amigo mío!

A veces creo estar en la penumbra
de algún inescrutabile acantilado,
con un pálido abismo a cada lado
del camino que apenas se vislumbra;

y en las húmedas rocas con las manos
me parece ascender como un amante
hacia la luz azul de tu semblante,
y hacia tus ojos claros y lejanos.

Oh columnas de pórfido, oh palacios
nocturnos con paredes de diamante,
yo me golpeo, inútil y anhelante,
contra la oscuridad de los espacios.

VII

Dulce costumbre de encontrarse, ocasos
en las mismas esquinas honoradas,
conversaciones graves y pausadas
como la seriedad de nuestros pasos;

nombres de plantas que me preguntabas,
árboles silenciosos de las calles,
cómo recuerdo todos los detalles,
los jardines de hortensias y de aljabasi

A veces el aliento de las olas,
la noche, nos volvían soñadores;
eran tiempos profundos, y mejores,
las almas parecían menos solas.

Era una especie de melancolía
nuestra amistad, y sin embargo siento
que también era un dulce sentimiento,
y en el recuerdo mi única alegría.

No precisé tu adiós para quererte,
y en el mármol escrito de mi vida
ya eras la persona preferida
cuando nos quiso separar la muerte.

VIII

No me distraigo a veces y me olvido
en las conversaciones familiares,
y rememoro fechas y lugares
y personas de un tiempo preferido,
sino para encontrarte en el silencio,
amigo mío, y con el pensamiento
más lleno de ternura y más contento
ir al jardín donde te reverencio.

Tu eólica vigilancia me gobierna
mediante vientos que el mundo ignora:
en la infelicidad te conmemora,
y en el placer, mi admiración eterna,

porque eras silencioso y tan severo,
más profundo que el aire y más sutil;
un hombre preferible entre otros mil,
melancólico, altivo, y verdadero.

IX

Este fervor dilecto de poesía
y el vasto mundo aún desconocido,
la historia de los reyes que han vivido
cuando éramos un sueño todavía,

y la música de ávidos encantos
yo te quise ofrecer con mi amistad;
era el rumor de una más noble edad
que nos enriquecía con sus cantos.

Mágicamente ahora transformados
en tu rostro, en tu voz, y en tu presencia,
me devuelven la espléndida apariencia
de los verdes crepúsculos pasados.

El cielo es nuestra antigua compañía,
la música es tu mano entre mis manos;
el cielo de esplendores tan lejanos,
la absorta intimidad de la armonía.

Pero el mar, siempre el mar desapacible,
el mar donde viviste tantos días
entre olas transparentes y vacías,
el mar que separó lo indivisible!

X

Volví a tu barrio para recordar
la multiplicidad de las estrellas;
con un nuevo fulgor, eran aquellas,
las mismas que solíamos mirar.

Oh calle antigua en sombra, con parejas
de inocentes amantes escondidos,
románticos jardines, y sonidos
de follaje entre estatuas, te asemejas

a una imagen de vidas anteriores
donde yo era feliz con mi tristeza,
donde ya me inquietaba una promesa
de immodestos, recónditos amores.

XI

Nunca nos vió esta lámpara reunidos,
nunca este libro de áridas bellezas
léimos, reclinando las cabezas,
en esta misma luz agradecidos.

Oh nunca en este cuarto conversamos,
y no vimos la noche oscurecerse,
ni aquel jazmín que perfumado tuerce
su solícita flor en blancos ramos.

Y sin embargo tu anterior presencia
subsiste entre sus formas conocidas;
siempre se enlazarán a nuestras vidas
con gestos de una suave interferencia.

Aquí te esperaré, oh presuroso,
hasta que otro silencio más profundo
resituya las cosas de este mundo
a un inmortal, más íntimo reposo.

XII

Creeré que ya he vivido en las montañas
contigo, entre crepúsculos iguales,
y que hemos visto un lago de cristales
brillar bajo las lunas más extrañas;
que pronunciaste tus primeros versos
en labios de otros hombres que me amaban;
sé que tus pasos ya me acompañaban
en mis jóvenes años más diversos.

¡Vasto poder de la imaginación
que me permite estar siempre a tu lado!
Te recuperaré de mi pasado
en una mágica reproducción;

en un imperio de felicidades
habitarernos el recuerdo antiguo,
y el silencio será menos exiguo
con el deslumbramiento que le añades.

Ya se transforma en algo más seguro
la rosa múltiple y desconocida
que me otorgaste con tu despedida;
más prometió tu muerte que el futuro.

XIII

Oh calma del crepúsculo marino
entre constelaciones incipientes,
triste repetición de las rompientes
en un modesto y breve torbellino.

Yo agradezco al silencio su armonía,
y a las luces urbanas su crueldad,
porque repiten la felicidad
que aquí sentimos juntos, algún día.

Y arrojando esta piedra entre las olas
repite una promesa conmovida:
"No olvidaré que te engañó la vida
con sus falsas, equívocas aureolas."

XIV

Música fiel y rememorativa,
toda mi juventud vuelve a tu acento;
olor de pinos en este aposento
que no se extinguirá mientras yo viva.

El fuego de la estufa, y el oscuro
jardín donde se abrían los jazmines,
¡oh música de violas y violines,
qué igual es el pasado y el futuro!

Qué igual es esta pena a aquellos días;
qué soledad igual y misteriosa
que me hace ver de nuevo cada cosa
dentro de un círculo de profecías,

y confundir tu ausencia y tu amistad,
para ser ellas mismas, transformada,
y a tu propia persona incorporada
abrir las puertas de otra eternidad.

XV

“Amor nacido de una decepción
y de constante imposibilidad,
no puede darnos la felicidad,
y es un dispendio inútil de razón.”

“En esa oposición de las estrellas
no nos aguarda sino el desencanto;
por qué llorar, por qué obstinarse tanto
sobre una arena que no deja huellas.”

“Por qué en un blanco vuelo de gaviotas
desesperarse donde rompe el mar;
como si alguien pudiera convocar
las cosas de otro tiempo más remotas.”

Y el grito de las aves desdichado
sobre la inmensidad ultramarina,
parece el capitel donde culmina
la inviolabilidad de lo pasado.

XVI

A veces me imagino que has llamado
a mi puerta, y se nublan de alegría
mis ojos sobre el libro que leía,
y el aire me parece iluminado.

Miro hacia afuera, y veo en la ventana
el sol entre las hojas, y te escucho
decir lo que dijiste hace ya mucho:
"Sólo la vida es cruel, y es inhumana."

Oh pobre adolescente, lo sabías,
y no quisiste ver en tu premura
si de esa primavera tan oscura
debían renacer mejores días.

Qué triste que la flor del universo,
por ti buscada y sin cesar perdida,
ignorara el estío de tu vida
y sólo floreciera en este verso.

XVII

Cuando el amante se consume al fuego
de una ilusión que no le corresponde,
no ve los rayos del azar ni donde
quieren herirlo, porque ya está ciego.

Lo mismo el hombre que escuchó un insulto
y ya no ve sus manos ni su cara,
y destruye lo que antes estimara,
y va mostrando un nuevo ser oculto.

¡Mi destino, qué insultos, qué ilusiones,
me concediste con tu mezquindad!
Ya no tengo a mi amigo, y es verdad
que me dominan mucho las pasiones.

XVIII

Qué quedará sino una quintaesencia
de ti, como un placer independiente,
qué quedará de este dolor presente
en las metamorfosis de tu ausencia,

sino una luz profunda en las cavernas
que mi propia ceguera se edifica,
sino una herencia cada vez más rica
para las Moiras pálidas y eternas.

Habitarás el fondo del olvido
como una vieja carta en un cajón,
te guardaré de la profanación
de un sufrimiento que no has promovido.

No te confundiré con los horrores
que atraviesan el aire de este abismo;
haré las crónicas de tu heroísmo
en lugares más altos y mejores,

más allá del insomnio, de las dudas
con sus terribles cuernos de diamante,
más allá de las furias de este instante,
más allá de las dichas más agudas.

XIX

Ya se inclina el calor de la estación
propicia, y llega el tiempo del olvido,
ya se despide el año con un ruido
de follaje arrastrado. ¡Oh corazón,

oh manuscrito infausto de los días,
tu soledad parece más desierta,
con esa pobre mariposa muerta
y las ocreas de abril hojías tardías!

Surca la nave un agua más helada,
más transparente entre las olas verdes;
pensamiento hibernal, cómo renuerdes
al evocarme la estación pasada!

En este mismo mar nos conocimos,
en esta orilla despreciaste el mundo;
todo el cielo está gris, frío y profundo,
y ya inclinan las vides sus racimos.

XX

En el viento infinito oigo tu voz
rodando por la campos desolados
hasta llegar a los acantilados
y perderse en el mar. Adiós, adiós,

oh voz amable de mi amigo ausente
que se confunde en la Naturaleza,
y envuelve mi solícita tristeza
con su delicadeza transparente.

Te escucharé en las noches de tormenta
y en días amarillos, otoñales;
vendrás de las estancias ancentrales
hasta la atlántica deidad violenta

cuyo diáfano imperio preferiste
en un momento de sabiduría;
vendrás en la pretérita armonía
elemental de todo lo que existe.

¡Oh cuántas veces volveré a la angosta
playa debajo de Chapadmalal
a oírte entre la sílice y la sal;
oh cuántas veces volveré a la costa!

CASTIGO DE DELINCUENTES

L A V I S P E R A

Y se alzaré mañana como un velo
el día en mi ventana, silencioso
y en apariencia claro y tan hermoso
como sus ramas verdes sobre el cielo.

Cualquiera podrá verlo sin recelo:
habrá sauces, corderos en reposo,
hilos de plata al viento luminoso,
y pájaros bañándose en el suelo.

Y yo, que en una pena innecesaria
me he consumido como un leño ardiente
que una fuerza ennegrece, ardua y contraria,
yo que ya soy un ascua, una ceniza,
con qué ojos miraré esa luz naciente
que hace triunfar lo que me martiriza!

LA DESOLACIÓN

De pie sobre las rocas combatidas
por un mar que se agita en el vacío,
miro este mundo interminable y frío,
lleno de espumas y de extrañas vidas.

Veo en la noche líquenes, y erguidas
cabezas de lagarto en torno mío,
adelante y atrás el mar sombrío,
y unas sendas oscuras y perdidas.

Pero nunca me iré; junto a las olas
quiero seguir mirando el sufrimiento,
y enumerar mis lágrimas a solas.

No aceptaré las joyas de la aurora,
ni los campos, ni el sol, ni el firmamento;
sólo el horror es mío, y lo que llora.

LA ESPERANZA

Yo te admiré en las rocas anfractuosas
de una cueva, entre lívidos carbones,
en un lugar de desesperaciones,
y en la insistente muerte de las cosas.

Entrabas por las puertas misteriosas,
y me traías siempre tus razones
hasta aquellas adúlteras regiones,
y a la humedad nefasta de esas fosas.

¿Qué me debías, pálida esperanza,
para buscarme así junto a la muerte
con tu mísero trébol de la suerte?

Quizás, como una amante, tu venganza
cuando yo te olvidaba era olvidarte
y venir a salvarme en cualquier parte.

L A M E M O R I A

¡Oh Memoria que vives entre ruinas!
Los años han movido mi semblante
como una imagen de agua vacilante,
y ya no soy aquel que te imaginas.

Con una luz muy pálida iluminas
el verde cuadro del pasado instante:
quieres verme cuidar como un amante
el calor de tus brasas vespertinas,
y hacerme hacer lo mismo que hice antaño,
con manos que ya el tiempo ha transformado,
con un deseo que ya me es extraño;
mostrarme en el espejo otras figuras
que vuelven de las tumbas del pasado,
ya imaginarias, pérfidas, y oscuras.

E L A M O R

Yo vi un cielo de mármol tenebroso,
y en un fuego escondido el horizonte,
como un reflejo del soberbio monte
donde ondulan las almas sin reposo.

Y vi correr las aguas por un foso
donde habita el terror, arduo y bifronte;
vi los remos secretos de Caronte
dentro de su recinto cenagoso.

Y la tierra infinita se alejaba
en torno mío como un gran sepulcro
lleno de muertos cuyo ardor no acaba;
y las tinieblas ya deslumbadoras
eran un rostro iluminado y pulcro.
Así he visto el amor, y así lo ignoras.

EL MUNDO

Qué puro y delicado eres, oh mundo,
con paisajes nocturnos y alboradas,
con días y con tardes reposadas,
austero, y lleno de un ardor fecundo.

Qué indiferente, qué amplio y qué profundo;
con qué rigor acoges las miradas,
e ignoras las palabras pronunciadas
por un labio que cambia en un segundo.

Nada dirán que pueda commoverte,
nada puede hacer daño a las estrellas,
cansadas de mirar la misma muerte
que el hombre activa y sin querer alienta,
malgastando sus fuegos en querellas
y llevando una vida turbulenta.

EL ELEGIDO

Oh soledad, aléjate un momento,
no muestres esos íntimos horrores;
día tras día he visto tus favores,
y sé lo que es un diario sufrimiento.

Oh, noche, no prodigues tu tormento,
como si te gustaran mis dolores,
y no tuvieras víctimas mejores
para arruinarlas en un fuego lento,

Ya sé que soy el único elegido,
que nadie más que yo domina el llanto,
que nadie lo comprende y lo usa tanto;
pero ya he visto el fondo, estoy vencido,
y no hace falta herir de esa manera
cuando queréis que un réprobo se muera.

THE FOOTBALL MEMORIAL LIBRARY

PASEO SENTIMENTAL

THE FOOTBALL MEMORIAL LIBRARY

EL ENAMORADO

Con mis brazos fervientes y extendidos
sobre la noche llena de sonidos,
como un árbol inmenso en la penumbra
que un rayo azul y repentino alumbraba,
como la sorda majestad del mar,
como alguien que se quiere suicidar
llamándose en el vértice del viento,
soy de mi propio amor el monumento.
¡Oh ráfagas, oh fuentes, oh ciudad,
cómo agradezco la felicidad!
¡Cómo agradezco que una sola rosa
perfumando la noche voluptuosa
forme en los labios de un enamorado
la imagen de otro labio apasionado,
y que en el aire un resplandor sombrío
convirtiendo en estrellas el rocío

otorgue a la tiniebla vacilante
el brillo de los ojos de su amante!

Aquí en el césped, frente al infinito,
envuelto entre relámpagos, repito
la misma frase al universo entero:

"Nadie ha querido como yo te quiero.
Oh sí, nadie está próximo a la esencia
de nuestra espiritual correspondencia;
sé que en tus ojos nadie se miró,
que en su profundidad sólo estoy yo
adorándote en medio de estas ramas,
sé que nosotros sobre un mundo en llamas
nos miraremos con la misma calma
de los que no son nada más que un alma;
y sé que en nuestro amor transfigurados,
más allá de los bosques inviolados
y más allá del mar que se ilumina
con nuestra doble irradiación divina
tendremos una historia más preciosa
que este mismo jardín, y que esta rosa
sobre mi labio ardiente deshojada;
sé que sin ti la vida ya no es nada."

A M E R C E D E S

Adiós, adiós, ya se oyen los trenes de la muerte,
más de un nefasto cielo techó mi nacimiento;
quizás sólo viví para perderte,
y como el fin que justifica un cuento
los diarios de mañana te dirán que me fuí.
¡Ah Mercedes, Mercedes, no te olvides de mí!

Qué poco iluminaste mi vida solitaria
con los rayos que salen de toda tu figura,
y de tu juventud férvida y varia
qué poco recibió mi edad oscura,
cómo todo termina cuando menos se espera,
cómo debo dejarte cuando menos quisiera!

Pero escucho los pasos de un hombre en tus oídos,
y adivino su imagen en tus ojos abiertos,

¡oh de una vez abrácese, perdidos,
y yo me iré a vivir entre los muertos;
quédense investigando en el cuello, en los labios,
si esos besos adúlteros valían mis agravios!

Mañana es Año Nuevo, pero no habrá más años
para mis labios blancos y húmedos de veneno;
tendré regalos fúnebres y extraños,
y dormiré en la tierra y al sereno
entre las flores viejas que serán mi holocausto
y que tu amor me otorga como un túmulo infausto.

¿Qué otra cosa me queda por hacer en el mundo?
Ya no soporto el sol ni las hojas brillantes,
ni las vidrieras, ni el temblor profundo
del agua en los jardines semejantes;
qué puedo hacer al lado de un teléfono mudo
donde nadie me llama y sin embargo acudo.

¡Oh Muerte misteriosa que adoran los amantes
y que no obstante buscas a los hombres contentos,
ya tengo tus mortajas y turbantes
en este estante de venenos lentos;
—quiero morir despacio, con largas agonías
que consigan borrarte de mis últimos días!

LA TUMBA DE IGNACIO

Un ramo de violetas adornará mi muerte;
y en esta misma tierra que a veces he besado
soñaré que tú vuelves, con tu pelo dorado
y tus ojos azules, a lamentar mi suerte.

Soñaré la ternura que había en tu silencio,
los paseos nocturnos, la luz de los faroles
en los bancos de mármol, y los últimos soles
que en mi ventana abierta, muriéndome, presencio.

Olvidaré tu ausencia, y escucharé tus pasos
sobre las piedras blancas, tus plegarias, tu llanto;
me engañaré de nuevo porque te quise tanto
que aun en la tierra inmóvil te extenderé los brazos.

Ya sé que no vendrás; que las tardes rosadas
alumbrarán en vano mi tumba, muchas veces,
y que jamás las sombras de los viejos cipreses
ocultarán mi nombre de piedra a tus miradas.

Pero los pobres muertos inventan otras cosas,
para no estar tan solos en su ciudad de olvido;
pensaré que me quieres como yo te he querido
el día que escondiste tu cara entre unas rosas.

LA ESPERA SENTIMENTAL

Ves, me has hecho llorar; yo no sabía,
mi amor. hasta qué punto te quería.
*Vi se que es verdad, y vamente
se espere en la indiferencia del silencio;*
no vendrás, nunca más; ¡oh si pudiera
verte de lejos sonreír siquiera,
verte en el medio de un encantamiento
que me impidiera todo movimiento,
verte como Artemisa en la espesura
de Latmos contemplaba la hermosura
de su amante dormido, o a tu lado
igual que Prometeo encadenado
permanecer hasta que un nuevo dios
me devuelva el sonido de tu voz.

Ya la sombra nocturna me traiciona
con la falsa ilusión de tu persona,
y entre las hojas que estremece el viento
en mi ávida impaciencia te presiento;
oigo tus pasos en mi soledad,
y el informe rumor de la ciudad
se confunde en mi oreja enamorada
con el ruido inmortal de tu llegada.
¡Oh no me abandonéis, imaginarias
figuras de la noche extraordinarias;
como los animales de Ezequiel,
como signos de Agrippa en un papel,
o como los fantasmas de Germánico,
o el calculista de ajedrez mecánico,
engañadme con nuevas invenciones,
hasta hacerme olvidar entre visiones
la desesperación, la ausencia, el frío!
Ves, me has hecho llorar, dulce amor mío.

Vendrás mañana, y me darás un beso.
Esperaré apoyado entre la hiedra
junto a la verja, en la pared de piedra
el instante feliz de tu regreso.

L A C I T A

No temas que tu padre y que tu hermano
te sigan por las calles, escondidos;
te enseñaré las plantas y los nidos,
las modestas guirnaldas del verano.

Yo estaré tan nervioso todo el día,
que no podré comer, ni estar callado;
nunca habrán visto en otro enamorado
más ávida impaciencia que la mía.

Y tú, como el rocío de las hojas
que los pájaros beben en la aurora,
y como el parque donde se enamora
la reina Dido entre las rosas rojas,
dirás: Me gusta contemplar el cielo
cuando estoy a tu lado, en la terraza,
y ver cómo la sombra de tu casa,
lentamente, se alarga sobre el suelo.

PALABRAS DE UN SUICIDA

Yo no pensé que el tiempo fuera tan pernicioso,
no creí que los gestos fueran siempre los mismos;
y ya frente a las puertas del reposo
contemplo hacia ambos lados los abismos
del pasado inviolable, del futuro inglorioso.

De niño me gustaron los mapas y las cuentas,
y en una alfombra oscura las historias de viajes;
imaginé un destino entre las lentas
figuras en color de los paisajes,
e ignoré las personas, el miedo, y las tormentas.

Me adoré como algunos admiran las guirnaldas
de nubes coloradas en auroras furiosas,
y descendí corriendo por las faldas
donde el césped brillaba entre unas rosas
para escuchar los ríos cubiertos de esmeraldas.

Y luego enamorado, sin saber lo que hacía,
veneré en una calle la flor de manzanilla,
y preferiré la noche más que el día,
y enumeraré sentado en una silla
los dolores profundos que el viento destruía.

Hoy buscaré la muerte con un blanco veneno
porque el tiempo ha impedido la verdad de mis
[sueños;
y el mundo seguirá, verde y sereno,
con sus hombres de fuego y sus empeños,
con reglas que dividen lo malo de lo bueno.

P R E S E N C I A

Besaré con mis labios el género amarillo
de tu cortina, el pálido y nocturno reflejo
que abandonó tu imagen fugaz sobre un espejo,
un papel con tu nombre, un lápiz o un cuchillo
que tus manos calientes un día hayan tocado,
que me otorguen la húmeda ilusión de tu aliento,
tus ocultos perfumes que sin embargo siento,
y el lejano contacto de tu color rosado.

Y envidiaré los vidrios que te han visto leyendo
en las tardes de invierno, los techos, la escalera,
los cuadros que miraron tu desnudez primera,
y estas mismas palabras que ahora estoy diciendo,

THE LOCKWOOD MEMORIAL LIBRARY

porque vives en ellas con tu igual hermosura,
y en su cadencia diáfana, lejos de mí, se alumbraba
sobre un mundo que surge de su antigua penumbra
tu presencia infinita, diversamente pura.

Wilcock, J. N. Ps. 500 Psalm 151
Ps. 45, Solo various, 1946.

A V E N U S

Sentado en este banco, reverencio
a Venus que retorna con el día;
entre sus labios yace la armonía,
y en sus ojos cerrados el silencio.

—Cómo podría agradecerte, oh diosa,
sobre la espuma de tu concha de oro,
que así cambies la tierra donde imploro
en tu imagen profunda y deliciosa.

Oh tú reina de Cipris olvidada,
de Lesbos donde amaron tus alumnas
y de Pafos erguida entre columnas,
concédeme de nuevo tu mirada.

Y nunca dejes de volver, ardiente,
con los mismos colores de la aurora;
no dejes de encenderme como ahora
en tu furor magnífico y caliente.

LA DESPEDIDA

Yo guardo en un cajón, modestamente,
las hojas de una flor descolorida,
triste recuerdo de tu despedida,
última imagen de tu amor ausente,
para acordarme siempre de aquel día,
de tu posתר mirada, de los trenes,
del humo blanco sobre los andenes,
de tu silencio y tu melancolía.

¿Por qué no habremos sido nunca amantes;
por qué vuelvo a llorar junto a los pobres
recuerdos de mi amor, entre unos sobres,
y la inútil mitad de un par de guantes;

por qué no quiso Dios que algún momento
en sólo un fuego ardieran nuestras vidas,
y hacia el aire subieran, encendidas,
para perderse sobre el firmamento?

LA DEDICATORIA

Junto a su puerta dediqué a mi amante
las églogas doradas de Virgilio,
y los lánguidos versos que el exilio
oyó de Ovidio en un país distante,

con esta frase: "Oh, te compararía
con los paisajes que admiró mi infancia
en Fragonard, el gran pintor de Francia;
con la famosa y gris Melancolía,

o las mejores músicas, o el velo
de aquel ángel de Chartres, preferido
como este viejo umbral ya carcomido
por donde sale y vuelve a entrar el cielo."

REMINISCENCIA

Dónde estarán los días
de nuestra edad primera,
las tiernas alegrías
que hoy en vano reitera
el alma que las mira desde afuera.

Qué sienten hoy aquellos
cuyo ardor se inaugura,
qué nacientes destellos
transportan de dulzura
su nueva adolescencia aún oscura.

Y en los jardines de antes
qué invisible caricia
consume a los amantes,

y al labio que se inicia
su inocente humedad cambia en delicia.
Qué extraño recupera
las presecas perdidas
de la edad pasajera,
quién abre las heridas
del recuerdo escondido en nuestras vidas.

EL POETA

Oh noche, confiere
tus labios helados
al alma que muere,
jardines cerrados,
fuentes silenciosas
entre blancas rosas.

Otorga el olvido
al más desolado
y al más escondido,
que sólo ha soñado
las vanas figuras
de las aguas puras.

Cubre los espejos
con largos encajes,

y enciende a los lejos
los nuevos paisajes
de tus otras vidas,
también prohibidas.

EL ANGEL A TOBIAS

Conozco de los ángeles las lentas alegrías,
y en las salas del cielo vi personas hermosas;
la Tierra me ha enseñado, sin embargo, Tobias,
que el hombre es imperfecto pero tiene otras cosas.

La belleza persiste en las formas diferentes,
lo inmutable me cansa; por eso te acompaño,
porque he visto en tus labios abiertos e incipientes
una pelusa de oro y un movimiento extraño.

Me ofreciste una mano tan caliente y rosada
que ya no soy ángel sino un guardián funesto;
oh Tobias, Tobias, desvíá tu mirada
de mi empeño perverso, de mi ardor inmodesto.

PRIMER AMOR

Vi la tarde y el cielo, los árboles lejanos;
me pareció de pronto que éramos dos hermanos.

EL FORASTERO

Yo sé que no merezco que me mires la cara,
 que las famosas reinas de Francia y de Inglaterra
 no eran de una hermosura más perfecta y más rara,
 que es difícil ser digno de ti sobre la tierra;

que mis varios sentidos no fueron designados
 para el uso improbable de verte y de escucharte,
 y que aun en mis sueños ya están acostumbrados
 a este aire melancólico que entre ellos se reparte.

Y sin embargo pienso, cuando ya duermen todos,
 pienso, y salgo a la calle, y al lado de tu puerta,
 mirando las estrellas y apoyando los codos
 en la verja, te espero por la calle desierta.

Como si en un prodigio que el cielo no ha dispuesto,
 y a la luz melancólica de este antiguo farol,
 debieras acercarte sonriendo y con un gesto
 lleno de rayos de oro como el calor del sol,
 a decir que no ignoras mi oculto pensamiento,
 que la noche es tan suave, y que es noble y es justo
 conocer en mis labios ese estremecimiento
 descrito por Virgilio bajo el reino de Augusto.

A UNA FOTOGRAFIA

Me acuerdo de tus guantes, del color de tu pelo,
y de tu primer beso, profundo como el cielo.

CANCIÓN I

Y tú, qué harás con mi constancia,
con mi fidelidad alíva,
con esta sola circunstancia
que he de ofrecerte mientras viva,
sino despojos
ante mis ojos.

Qué harás con mi predilección,
con la humildad que me pediste,
qué harás con este corazón
tan melancólico y tan triste,
sino perderlos
para no verlos.

Aun cuando ya no quede nada
de toda mi alma y mi sustancia,

cuando una lágrima prestada
resuma toda mi importancia,
toda mi suerte
será quererte.

CANCIÓN II

Las horas que habré pasado
adolescente, a tu lado,
en un patio con aljabas,
los besos que tú me dabas,
quién me los devolverá?

El ruido de una canilla
abierta entre la gramilla,
el perfume de un jazmín;
aquel silencio sin fin,
quién me los devolverá?

La sombra en la galería,
el temor que yo sentía
de que un día me olvidarás;

las noches frías y claras,
quién me los devolverá?

Hoy de rodillas imploro
de aquel pasado que añoro
los íntimos esplendores;
dónde estarán mis amores,
quién me los devolverá?

CANCIÓN III

Vives muy lejos,
mirando rosas,
nubes y espejos;
allá reposas,
allá tan lejos.

Junto a las olas
de noche, al frío,
las playas solas
y el mar sombrío
con ruido de olas.

Yo te quisiera
besar las manos
en la escollera,
poner las manos
donde quisiera.

CANCIÓN IV

Como esa flor amarilla
que parece agua en el campo,
como los abrojos verdes
y la cicuta o los cardos,
te extraño mucho, y quisiera
volver de nuevo a tu lado.

Volver desde Buenos Aires
donde todo te recuerda,
volver a pasar por Cobo
por Vidal y Honorio Ezeiza;
saber que voy a una casa
donde ninguno me espera.

COGITATIO AMANTIS

L A E S T A T U A

Otros perdieron reinos ancestrales
y algunos un ilustre sentimiento;
sólo yo te he perdido, y mi lamento
no cabe entre mis límites mortales.

Ya se ha borrado el libro de mis males,
y mi dolor se ha vuelto un monumento
donde ya soy de piedra, y donde siento
que el amor y la muerte son iguales.

Allí figuro al lado de una mesa
donde calla un teléfono tu ausencia
y el eco dice tu última promesa;
la piedra todavía está caliente,
y el corazón de mármol reverencia
tu belleza en la noche indiferente.

EL ALBA

Ya no me queda nada en la cabeza;
sólo un resto de amor que me atormenta,
sólo esta soledad que desalienta
mis noches de solícita tristeza.

Como una madre que en su pobre pieza
contempla al hijo muerto y se violenta
sin comprender la muerte macilenta
que en esa cama extiende su dureza,

miro tu ausencia, y veo las esquinas
vacías donde el alba palidece;
veo llover detrás de las cortinas,

con un gesto de imbecil o de perro
herido en una pata, que estremece
de vez en cuando su collar de fierro.

A. A. T.

Cómo eres como el sol en primavera
que hace más verde todo lo que mira,
y eres igual al aire que respira
el que se muere, en su ansiedad postural

Tu juventud, cómo me desespera,
y en tu presencia qué furor me inspira,
como una fuerza que hacia ti me tira,
como llamas que crecen hacia afuera.

Oh déjame una vez poner mi boca
junto a la tuya, como en una fuente
se acerca el labio al agua que lo toca;

yo quisiera sentir sobre tu pecho
si hay algo más eterno y más caliente;
pero no tengo audacia, ni derecho.

L A M U E R T E

Por qué estás solo junto al pasto verde,
junto a los alambrados, las tranqueras,
mientras huyen las aves extranjeras,
y el sol en un crepúsculo se pierde.

Por qué no hay nadie ya que te recuerde,
entre las osamentas, las lecheras,
y en el mismo recinto perseveras
como el pobre escorpión cuando se muere;

Por qué reclamabas donde nadie acude,
y al viento otorgas tu amplia cabellera
que el aire sin piedad vuelve y sacude;
si ya has visto allá, abajo, en la cañada,
la delicada Muerte que te espera
con un cendal de púrpura y de nada.

E L A N U N C I O

Oh Leandro y Helena que hace un año
salisteis de unas tumbas conocidas
llenas de polvo, a renovar las vidas,
los viejos bailes, y el placer de antaño,
os reclamo, os demando, y os extraño,
para que me ayudéis con los Atridas
y las princesas desaparecidas
a destruir la imagen de un engaño.

Y a proclamar conmigo: "En sólo un beso
se encendieron las luces de una fiesta
que hacen azul y verde el firmamento;
de un poeta es el ávido regreso
donde un fuego inmortal se manifiesta
que no consumen ni la edad ni el viento."

EL SOLITARIO

Dije tu nombre cuando el sol nacía,
en los poteros, y en los alambrados;
lo repetí en el viento, en los bañados
que reflejaban el color del día.

Se lo dije a la noche que se abría
sobre los eucaliptos perfumados,
y entre las ramas te dejé enlazados
mis holocaustos de melancolía.

En esta soledad que me impacienta
yo quisiera morirne a cada instante
para ver si la muerte es más atenta,
para ver si el silencio extraordinario
de una herida en la frente de un amante
es menos triste y menos solitario.

EL GIRASOL

El sol está en el cielo, entre los vientos;
y en su calor benévolo abstraído
contempla lo infinito de su ejido,
y ve los girasoles turbulentos.

Los girasoles de Van Gogh, los lentos
girasoles del viaje frente a Guido;
ve que lo siguen con amor cumplido
y le ofrecen modestos pensamientos.

Así, oh amante azul resplandeciente
en un lejano orgullo me recorres
con la mirada de tu luz caliente;
yo soy un girasol frente a tus torres,
yo me cierro en la sombra de tu ausencia
y renazco en tu diurna indiferencia.

CANCIONES DE DOS PROVINCIAS

Las voces de los arrieros
se oyen, lejanas,
y entre los sauces negros
cantan las ranas.

Se apaga el horizonte
rosa y violado,
y en las sombras del monte
llora el muchacho.

Llora junto a los viejos
sauces sin flores;
llora porque está lejos
de sus amores.

II

Un pájaro negro, un tordo,
al lado de un río seco,
despierta el eco.

Qué azul, qué azul está el cielo!,
y sobre el viejo eucalipto
tu nombre inscripto.

III

Monte de cina-cina
cuándo florecerás,
para que un pobre pueda
volver a verla.

Tierra de los caminos
cuándo te volarás,
para saber que llega
la primavera.

IV

Lluve en el pueblo, allá abajo,
y los montes son violetas
y azules a la distancia.

No sé si el viento me trajo
estas lágrimas secretas;
pronto lloverá en la estancia.

V

Escucho el ruido del fuego,
y al resplandor del poniente
me veo enfermo, y ausente.

Las llamas van a la sombra,
y mi oculto pensamiento
asciende hasta el firmamento.

Y entre nubes el deseo
en este amor se convierte,
inmóvil como la muerte.

VI

En las redes del rocío
todo el campo ha florecido;
igual que antes, amor mío.

Ay, como un ave extranjera
aquellos días se han ido,
con su última primavera.

VIII

Con la mirada en las nubes,
por el camino del río,
campo afuera, me extravió.

Y en la ciudad allá abajo
no hay nadie para quererme,
no hay nadie que quiera verme.

Pronto nos toma el invierno;
esta tristeza que siento
se pierde casi en el viento.

VIII

La tarde azul extendía
su silencio reposado,
como este labio callado.

Y en el aire se perdía
lo que el alma deslumbraba;
ya nadie lo recordaba.

IX

Un arco de flores
te mando en el viento
que pasa contento
por los corredores.

Las he levantado
de golpe, y corriendo,
y recién aprendo
que me he enamorado.

Y parece raro
verme distraído
buscando el sentido
de este aire tan claro.

X

Si yo me muriese, un día,
mis amores quedarían
por el aire.

Con el mismo afán se irían,
oh pensativa, a buscarte,
como antes.

Y en la terraza, ¡qué hermosa
tu imagen junto a mis lágrimas
por la tarde!

XI

Por los potreros verdes
se va la tarde;
junto al agua de un charco
llora el amante.

Llora porque se acuerda
del tiempo de antes,
llora en el viento frío
de los cardales.

XII

Se me quedó en las manos
la flor que te traía;
en los montes lejanos
se está poniendo el día.

Se me quedó en el pecho
la flor que no quisiste;
yo no sé qué me has hecho
para que esté tan triste.

XIII

Campos de mi provincia,
cómo los quiero,
montes de casuarinas,
nidos de hornero.

Tierra que yo he cantado,
oh patria mía,
quiero morir mirando
tu lejanía!

OTROS POEMAS

ENEAS EN CARTAGO

Dido, oh Dido, imaginarias,
desconocidas orillas
con sus playas amarillas
me seducen, y contrarias
las ondas del aire ya
me anuncian lo que vendrá;
ya me alejan de tu lado
mis imperiosas pasiones,
debo quebrar las prisiones
de este lecho enamorado.

Aparta esa enredadera
que nos separa del mar
porque quisiera mirar
la nave que allí me espera;
tus perfumes son iguales

a estos cielos vegetales,
pero no cambian, oh Dido,
ni estos faisanes sus colas,
y en mí se agitan las olas
de un viento desconocido.

Yo nunca te amaré menos
que en este lánguido instante,
y recordaré distante
tu cuello liso y tus senos;
las rosas y los laureles
me parecerán crueles,
tan iguales son a ti,
y ese reino prometido
nunca valdrá más que Dido,
tan hermosa, para mí.

Pero cómo conciliar
la acción con el pensamiento,
y ocultar el movimiento
que me conduce hacia el mar;
cómo olvidar en tus brazos
la falacia de sus lazos,
no ver entre tus pestañas
esas nubes que se mueven

y no desear que me lleven
en sus órbitas extrañas.

Otros podrán de las llamas
imitar la circunstancia
y arder con igual constancia
en sus idénticas ramas,
otros sabrán diferentes
cambiar y no ser movientes;
pero yo quiero incendiar
los lejanos horizontes,
yo ya conozco estos montes,
y quiero huir hacia el mar.

Detrás de ti se adivina
un mundo azul entreabierto,
mas de este mundo que ha muerto,
de este fuego que termina,
yo llevaré unas centellas
que perseguirán mis huellas;
nostálgico emperador
de ese universo salvaje,
cuando termine mi viaje
me acordaré de tu amor.

Adiós, adiós, oh princesa
de Cartago y de Fenicia;
tu propia gloria me inicia
en mi futura grandeza.
Un dios me conducirá
que ya esperándome está;
ya me ofrezco a la violencia
de su designio ignorado,
ya me aleja de tu lado
su misteriosa impaciencia.

ANUNCIACIÓN DE FRANCISCA

El coro

Hurtado el fuego, un inmortal deseo
en nosotros surgiendo, Prometeo
huyó a las cumbres, donde las estrellas
el rostro ignoran de hombres y doncellas
aún, y el viento vuelve a sus moradas
con voces siempre tristes y malvadas.
Allí ha visto el invierno y el verano
pálidos, fríos, transformarse en vano,
y los espectros indios y fenicios
que el silencio lunar con maleficios
tornale deben de unos dioses muertos
castigo en estos yermos tan desiertos.
Hoy yace entre las peñas, fatigado
de haber antaño un mundo iluminado;
infinito dolor, y un velo triste

de furias ocultando lo que existe
en tierras bajas verde aún y hermoso,
le son el día, el alba, y el reposo.
¿Dónde está lo que amaba? En las arenas
que mueve el viento de inconstancia llenas
hoy en la altura, y luego más dispersas
que las pálidas glorias de los Persas,
Triste es verlo tan solo, y sometido
entre esas telarañas al olvido,
y oír es triste el águila mordiendo
su renovado afán, verlo muriendo.
Pero el aire solemne donde yace
ya fué vencido, y alguien lo deshace;
¿qué mujer, qué figura de la tierra
gentil asciende a esta incesante guerra,
sin reparar las rocas, cautelosa;
cuya amistad parece tan hermosa,
y cuyo pensamiento ya se advierte
más hondo y más amable que la muerte?

La sibila

Cierra los ojos, y consiente
mi voz nocturna, Prometeo,
que ha de inducirte sabiamente
a ver entre destellos lo que yo misma veo.

Cierra los ojos, e imagina,
el mar que llora otras edades,
la flor del ámbar cristalina
sobre una playa al borde de históricas ciudades.

Allí tal vez un día Helena
como los cisnes, vencedora,
más bella aun que la sirena
llegará desplegando las velas de la aurora.

Oh junto al águila confina
el llanto usual, y ve la reina
de Saba en marcha a Palestina,
y el oro y los espejos donde sus trenzas peina.

Oye las voces de María
Estuardo pálida princesa,
mírala en su melancolía
asomada a la torre donde la tienen presa.

Entre esas reinas se adelanta
Francisca al borde de un gran río,
sobre las tierras donde canta
sus futuras bellezas el hombre más sombrío.

Ella será el último ardiente
fulgor del fuego que has robado,
y en un amor muy diferente
convertirá el tormento fatal de tu costado.

El coro

Se abren las peñas con la luz del día
y la Sibila huye; ¡qué alegría
es este último nombre, que conmueve
la soledad del yermo y de la nieve
a imaginar un esplendor futuro
donde es más triste el aire y más oscuro?
¡Arcángeles y Tronos luminosos
que la eterna conciencia veis gozosos,
traed por fin a Prometeo en cantos
armónicos la gloria de los Santos!
¡Oh máximo fulgor que en sí confunde
este lamento y en las sombras cunde,
oh innatural imagen, oh consuelo
del infinito, Emperatriz del cielo,
reinando entre mujeres que han reinado
vuelve hacia Prometeo el rostro amado,
oh tú que impedirás al pensamiento
toda tristeza, oh luz allende el viento!

CANCIÓN DE PRÍAMO

Al descender por las colinas verdes
comprendí que ya estaba enamorado,
que es inútil vivir con el deseo
de otras cosas, oh Tisbe, otros recuerdos.
Y vi los muros que en silencio habitas,
donde en la noche cantas, lentamente,
entre las piedras y entre los jazmines
que cubrieron de ramas nuestra infancia.
Oh tú, siempre entrevistista, tú, el nombre
de todas las sustancias y las plantas,
escucha mi canción, escucha el arpa!:

La soledad es una gran tristeza
cuando en este jardín el pensamiento
se extiende, oh Tisbe, en torno a tu belleza;

y en la tarde que sólo mueve el viento,
allí donde el follaje te cubría,
mi alma oscilando ante una rama sientto,

Y cuánto a la esperanza se confía,
como si algo llegara del verano
entre las rosas; pero cada día

con sus círculos verdes siempre en vano,
sólo un reflejo en el estanque deja
del eco de tu voz, y de tu mano

el laúd invisible que se queja
sobre el ruido del mar. ¡Oh, de aquel lado
yo podría besarte, y esta reja

de piedras y de dioses me ha encerrado!

INEXORABLE VENUS

Verte a la orilla del agua en el verano
junto a los sauces, verte en el ámbar verde
del aire, al borde de un río que se pierde
entre las ramas, y acariciar tu mano;

besar tus dedos, como Rinaldo antiguo
en los jardines de Armida se dormía,
y en el silencio estival besar el día
sobre el perfume de tu hermosura ambiguo;

el día entero, desde el cenit al río,
¡oh tú la rosa que se ofrece a los santos,
rosa y desnuda, si en sus místicos cantos
llevan al éter un puro escalofrío!

Verte, y besarte donde quisieran todos,
donde la gloria se adorna de topacios,
donde el celeste placer de los espacios
como una estrella se abre de varios modos;

no ser más nada que una nube radiante
sobre el silencio de tus ingenuidades,
ver que a mi lado, sonriente, te persuades
en un olvido que nace a cada instante;

y recorriendo las Horas misteriosas
muy lentamente, mirar cómo el rocío
muestra en el claro de luna el nuevo estío,
en las violetas y entre las blancas rosas.

FEDRA JUNTO AL MAR

Como el barco confía al océano verde
su suerte, en esta adúltera ausencia yo me entrego
a la sombra apacible de un árbol. Ya mis brazos,
mis manos que en un sueño tras la imagen de Hi-
apresaron la inútil soledad de las Horas, [pólito
descienden, semejantes al otoño de un fuego
que una estación entera quiso arder en las ramas.
Como aquel que está preso en la red de sus días,
y es un príncipe, y vive junto al mármol y el cielo
y las fuentes que usurpan en silencio a sus ojos
un dolor misterioso, oh Grecia, estoy muriendo.
Desde aquí veo el mar, y su furor de espumas
que repite a las playas mi infinito deseo;
pronto vendrá la noche, y Fedra en la penumbra
conocerá las lágrimas de los hombres, desnuda

RONDEL I I

Nuestro amor sutil y oscuro
desafía a los lebreles
del alba sobre aquel muro
que adornaron tus laureles.

Si las huestes del futuro
nos envían sus furrieles
nuestro amor sutil y oscuro
desafía a los lebreles.

Ya enciende el día su apuro,
e ilumina sus dinteles
de azul y púrpura cruels,
donde en silencio conjuro
nuestro amor sutil y oscuro.

RONDEL I I I

Yo sé el encanto y el estío
donde besarte y los cristales
cálidos verdes del sombrío
silencio y calma vegetales.

Con los ardores del rocío
entre tus labios inmortales
yo sé el encanto y el estío
donde besarte y los cristales.

Siempre, oh placer supremo y mío
al borde de otros manantiales
con indolencia, o los triunfales
días de asombro junto al río,
yo sé el encanto y el estío.

EROS TURANNOS

Tan alto y delicioso
como la mies madura,
en tu rostro el reposo
del Elíseo perdura
aún, oh dulce niño
que vas con desaliño
cediendo tu hermosura!

Llevas en una mano
la flor de la retama,
y pareces hermano
de la sucinta rama;
pediré los amores,
los jóvenes favores
de esa florida trama.

LA ALBORADA

Después del curso de una noche entero
la última estrella se hunde en la mañana,
y se apaga la luz de mi ventana,
y nadie más sabrá cómo te quiero.

EL NUEVO FULGOR

Antes de haberte visto no vivía;
sin nada, extraño, por la primavera
pasaba sin mirar, como el que espera
morir envuelto en su melancolía.

El verde olvido en torno a mí crecía,
ocultando las furias de esta esfera
de llamas, de silencio. Y desde afuera
me ofreciste una flor; ¡oh cortesía!

No sé ya más que amarte, iluminado
con un nuevo fulgor, con la fragancia
de esa primera flor. Y hacia tu lado
me iría por los grandes corredores,
mirándote cambiar, a la distancia,
todo el espacio en vivos ruiseñores.

IMITACION DE CHENIER

Dafnis habrá nacido hace tres lustros:
tiene la misma edad que los ligustros;
sus ojos en la sombra son violetas,
y hacen morir de amor a los poetas.

OCCUPACION DE LAS AULAS

Recuerdo que una vez, enamorado,
lloré en un aula de la Facultad;
hoy sé que en esas aulas han entrado
los asesinos de la libertad.

Y mi nombre, grabado en la madera
de los bancos, al lado de otros nombres,
habrán mirado; eso me desespera,
porque sus ojos no son ojos de hombres.

Oh simbólica, infiel descortesía
que deslumbró la mente de un tirano:
poner las manos de la policía
sobre un libro de Gauss, sobre un decanol

Mancillarán quizás nuestra memoria
con su violencia escuálida y fascista;
pero nunca entrarán a la victoria
mientras un estudiante se resista.

EL VITRAL

El ángel lírico que canta
en mi ventana reclinado,
su mano pálida levanta
sobre el Magnificat dorado.

Canta el amor y los jardines,
y desfallecen en la altura
Principados y Serafines,
con sus violas y sus violines
en un vértigo de blancura.

A UNA ESCRITORA MUERTA

Protegeste con gracia la ilusión de las artes;
en este nuevo reino de sombra que compartes,
recibirás ahora de antiguos escritores
la mano evanescente, los fúnebres honores.

A MENDOZA

Mendoza, cómo te quiero,
y quiero a tus olmos grandes,
ciudad del agua, venero
verde y celeste en los Andes.

Donde me ofreces, doncella,
surgiendo de alguna acequia
una flor como una estrella
y la rama que se obsequia;

donde viven mis amores,
y en los perfumes sutiles
nocturnos, entre las flores,
yan mis veinticuatro abriles,

Cómo sabré recordarte,
con qué esplendor, algún día,
cuando vea en otra parte
la luz del sol, la poesía!

Amor, diciembre, onda suave
que se abre en los surridores,
jardines donde un agave
se oculta entre resplandores,

oh Mendoza, delicada
como el aire que te orea
quiero que seas sagrada
en mi recuerdo, azalea!

A LA MÚSICA

Sirena que en las noches de Brahms y de Beethoven
surgiste como un óboe desesperado y joven,
oh sirena bellísima entre ramas
que hacia un jardín profundo me reclamabas,
yo venero los pliegues constelados y graves
con palmeras, con verdes melancólicas aves,
que envuelven tus preciosos movimientos
y que en sus redes líquidas los vientos
de ocultas primaveras retienen todavía
sobre flores mojadas, dulcísima Armonía!

Yo no he ignorado nunca las figuras del cielo
que a veces se vislumbran a través de tu pelo,
y en tus ojos oceánicos presiento
la belleza de un cisne soñoliento
que sin turbar las aguas azuladas y solas

escucha entre glaciares unas lánguidas violas;
oh su blancura déjame admirar
entre ninfas al borde de ese mar,
o pasear entre rosas laberínticamente,
Mendelssohn, recordando tu música inocente.

¡Cuántas veces la forma del rostro más amado,
de las manos más suaves y frías que he besado,
me anunciaba tus pasos de cristal;
tu mirada recóndita y fatal
cuántas veces he visto temblar en los diamantes,
en un charco, en las lágrimas de incipientes amantes,
o en el rocío azul de los jardines;
cuántas veces tus arpas, tus violines,
escuché entre montañas de piedra innecesaria,
y cómo eras hermosa, cómo eras solitaria!

En tus lazos de seda me ofreciste el infierno,
las olas y los celos, el rumor de lo eterno,
y el amor que seduce nuestra mente
como una melodía persistente;
el rojo movimiento del fuego en los espejos
te evocaba en un mundo de inútiles reflejos,
y a veces parecías la sonrisa
de una joven, o el soplo de la brisa

cuando cruza las bóvedas fluctuantes de los ríos
y se llena de flores en lugares sombríos.

Me ofreciste las salas de un palacio derruido
que un piano iluminaba vencedor y escondido,
y al alabarte, oh Música, ya sé
que sólo en tus moradas viviré,
en ciudades de Mozart, jardines de Ravel;
sé Schumann que a tus ángeles he sido siempre fiel,
y Bach que he mediado adolescente
sobre tu clavicordio transparente,
con el gesto inmutable de las fotografías;
sé que mi alma ha guardado tus nobles melodías.

Falaces, te ocultaban los sueños, las pasiones,
y con tus voz lloraban mis desesperaciones;
eras la hermana de la Poesía,
y tu espectro amarillo se escondía
con la flor indeleble del perverso asfodelo
detrás de mis palabras que subían al cielo,
en nocturnas terrazas adornadas
por hojas otoñales y aplastadas;
tu rostro sustituía los rostros del amor
y otorgaba al silencio tu extático esplendor.

Qué son sin ti las nubes doradas, los encantos
de la noche estrellada cuando cesan tus cantos,
y el espléndido fasto del verano
lejos de ti, cómo se vuelve vano;
qué fácil me parece sin embargo morir
cuando tú, melancólica, me quieres persuadir;
en las playas secretas y distantes
te soñaban los viejos navegantes,
como yo entre tus brazos de driade cautivos.
¡Oh si duraran siempre tus goces fugitivos!

¡Oh si siempre habitaras en mis exiguos versos
con tu esfera celeste de antiguos universos,
y yo pudiera verte, aquí delante,
a la luz del otoño triunfante
que irrumpe entre las ramas de un árbol inmortal
donde cantan los pájaros de mi país natal;
si aceptaras mis débiles guirnaldas
de laurel y mis cintas de esmeraldas,
sirena que hacia el reino de tu inmensa armonía
surgiste entre los labios de Monteverdi un día!

INDICE

Dedicatoria 9

HERO Y LEANDRO

Proemio	15
I	18
II	20
III	22
IV	24
V	26
VI	28
VII	30
VIII	32
IX	34
X	36
XI	37
XII	39
XIII	41
XIV	42
XV	44
XVI	46
XVII	48
XVIII	49
XIX	51
XX	53

CASTIGO DE DELINCUENTES

La vispera	57
La desolación	58
La esperanza	59

La memoria	60
El amor	61
El mundo	62
El elegido	63

PASEO SENTIMENTAL

El enamorado	67
A Mercedes	69
La tumba de Ignacio	71
La espera sentimental	73
La cía	73
Palabras de un suicida	77
Presencia	79
A Venus	81
La despedida	83
La dedicatoria	85
Reminiscencia	86
El poeta	88
El ángel de Tobias	90
Primer amor	91
El forastero	92
A una fotografía	94
Canción I	95
Canción II	97
Canción III	99
Canción IV	100

COGITATIO AMANTIS

La estatua	103
El alba	101
A A. T.	105
La muerte	106
El anuncio	107
El solitario	108
El girasol	109

CANCIONES DE DOS PROVINCIAS

I	113
II	114
III	115
IV	116
V	117
VI	118
VII	119
VIII	120
IX	121
X	122
XI	123
XII	124
XIII	125

OTROS POEMAS

Eneas en Cartago	129
Anunciación de Francisca	133
Canción de Príamo	137
Inexorable Venus	139
Fedra junto al mar	141
Rondel I	143
Rondel II	144
Rondel III	145
Eros Tirannos	146
La alborada	147
El nuevo fulgor	148
Imitación de Chénier	149
Ocupación de las aulas	150
El vital	152
A una escritora muerta	153
A Mendoza	154
A la música	156